

La evolución económica del continente

*Rafael Crespo**

Transcurrió medio milenio ya desde que se descubrió el Nuevo Mundo y de que empezó el largo proceso de conquista y colonización que ha derivado en un cúmulo de países complejos y heterogéneos, desde los más empobrecidos y atrasados hasta los que detentan la hegemonía mundial. Mucho se ha dicho y estudiado sobre la existencia actual de América para intentar explicarla desde infinitos puntos de vista. Las conclusiones a las cuales se desemboca son variadas, y a veces hasta pedantes: que si el continente representa un crisol de todas las razas hermanadas en la libertad, que si su existencia moderna es el resultado del encuentro de dos mundos, que si la invasión de Europa sólo logró la destrucción de las culturas originales, en fin, que el Descubrimiento representa el comienzo de la verdadera Civilización.

¿Qué es pues América? ¿Como se formó? ¿Qué le ha pasado durante quinientos años?

Ahora, a punto de conmemorar el medio milenio, se antoja echar una ojeada rápida y comentar en poco espacio algunos factores relevantes para ayudar a explicar los problemas económicos más álgidos de la actualidad americana: la existencia de países muy desarrollados económica y socialmente, países con un desarrollo medio y países francamente sumidos en la miseria. El contraste es muy fuerte entre pequeñas naciones con un nivel muy limitado de desarrollo y naciones como Estados Unidos y Canadá, con estructuras económicas modernas. Existen hoy 24 países continentales y una buena cantidad de islas con nacionalidad propia, en una extensión de unos 42 millones de kilómetros cuadrados.

Hace casi cinco siglos que los europeos, quienes detentaban el prototipo de lo que se conoce como civilización, descubrieron tierras nuevas que nunca pensaron que pudieran existir. Partes de Asia y Africa ya habían sido colonizadas por los imperios europeos y ya les habían comunicado parte de esa "civilización". Este Nuevo Mundo recién descubierto, con una extensión geográfica varias veces mayor que Europa, tenía también su propia civilización y cultura, pero radicalmente distinta. No es fácil comparar la forma de vida de los europeos de esa época con la de los americanos. La vieja cultura era mucho más homogénea que la de América. La religión, la política, la economía, la ideología de ambos mundos no tenían punto de comparación. Para algunos, la América de principios del siglo XVI se reducía a un conjunto de tribus bárbaras, sanguinarias o extremadamente atrasadas

que debían ser "educadas" desde el principio. Para otros, las sociedades autóctonas tenían su propia forma, más o menos sofisticada, de ver y entender la vida, forma que fue destruída sin misericordia por la cultura europea. Existen, entre estos dos extremos, las más variadas posiciones intermedias. ¿Qué grado o tipo de civilización existía, pues, en la América descubierta por España? La respuesta es importante porque América no es un transplante o un apéndice de Europa. La influencia de los americanos del predescubrimiento se nota en todo el desarrollo posterior de la región. Por esto mismo la respuesta debe ser positiva. Civilización no es sólo lo que los europeos entendían como tal. Consiste en cualquier tipo de organización social que implica un conjunto de costumbres relacionadas con la naturaleza del ser humano en sociedad: religiosas, económicas, artísticas, militares, políticas, científicas, etcétera.

Cuando un conjunto de cualquier tamaño de hombres y mujeres tiene la facilidad de comunicarse mediante una lengua propia, ya hay civilización. Ese principio de la comunicación permite que se desarrollen todas las demás actividades humanas y sociales que caracterizan y distinguen a esa colectividad social. Lo que pasó en América fue que la cultura europea había ya desarrollado con mayor rapidez algunos aspectos de sus características particulares, como por ejemplo los medios de transporte con la rueda, los de comunicación con la escritura alfabética y las armas destructivas con la pólvora, elementos idóneos para conquistar.

Lo que sucedió, por lo tanto, fue un choque. Un choque donde ninguna de las partes sabía de la existencia de la otra. Para todos fue una sorpresa que se convirtió en colisión. Con ese golpe empieza la parte más importante de la historia de América. Desde ahí se comienza a gestar lo que será la América actual, en la cual vivimos, luchamos, gozamos y sufrimos. Los americanos somos, pues, producto de un choque en el que se mezclan con un buen grado de violencia dos tipos distintos de cultura, en donde una de ellas presenta elementos claramente dominantes.

El descubrimiento y la conquista de América por parte de Europa responde a dos intenciones: una religiosa

* Maestro en Economía. Profesor-investigador de la Unidad Académica de Ciencias Económico Administrativas de la División de Posgrados del ITESO.

vapor y la maquinaria textil), aplicados a la producción en masa, pasaron libremente a Estados Unidos, junto con los emigrantes, cuya mentalidad capitalista ya estaba bien preparada para sacar el mejor provecho económico de aquellas innovaciones.

Cosa muy distinta sucedía en la América Latina. El mercantilismo español prohibía todo comercio de América con otras potencias europeas, lo que en cierta forma aislaba a la región de las nuevas ideas económicas. Además, las clases poderosas latinoamericanas, compuestas casi totalmente por criollos y algunos mestizos, tenían suficiente con la explotación de sus tierras y minas para conservar su alto nivel de vida. Participaban alegremente de la cultura europea en el campo del arte y la literatura, e incluso se llegaron a dar, en toda la región, grandes exponentes de las corrientes civilizadoras de su tiempo. Las innovaciones tecnológicas importantes brotaron en el campo de la minería, no en el de la producción manufacturera, porque ésta no era vital para enriquecerse. Los artículos industriales y de lujo provenían de Europa vía España y Portugal o directamente del Oriente. No parecía necesario producirlos internamente. La industrialización que iba a ser la base del poderío sajón durante los dos siglos siguientes, pareció tener sin cuidado, por el momento, a Latinoamérica. La importancia de la industria manufacturera como base del crecimiento económico equilibrado iba a tomar cuerpo más de un siglo después, cuando ya era demasiado tarde. Por eso, la independencia de las colonias ibéricas fue más para consolidar a los criollos en el poder, sin la competencia de los peninsulares, que para poner en práctica nuevos sistemas de organización económica y social, a pesar de las influencias republicanas importadas de la Francia revolucionaria y de Estados Unidos (en realidad, las primeras repúblicas latinoamericanas más parecían monarquías con otro nombre).

Al mismo tiempo, la situación de los indios y esclavos en la región era pavorosa. La ignorancia, la miseria y la confusión se enseñoreaban en el ambiente. Los misioneros y las órdenes religiosas se esforzaban por confortar a los miserables en el seno de la religión Cristiana. La asistencia espiritual y educativa fue copiosa, pero no se podía hacer mucho para cambiar efectivamente las condiciones económicas. La revolución de independencia representó una esperanza lejana para los oprimidos, y por eso participaron en ella. Pero la esperanza terminó pronto. La América independiente no podía romper de golpe lo que se fue gestando a lo largo de tres siglos.

La llamada Epoca Independiente, que nace con el siglo XIX, crea en las Américas otra vez dos tendencias: una representada por la prosperidad y la expansión del capitalismo, en el norte, y la otra por una serie que parecía interminable de luchas internas por el poder entre conservadores, liberales y monarquistas, en el resto del continente. Es natural que el caos político causara caos económico. Al contrario de lo que sucedía en Estados Unidos,

la falta de un clima de confianza y seguridad impedía el desarrollo de las inversiones productivas y, por lo tanto, el crecimiento económico. La producción agrícola siguió basándose en técnicas semif feudales y en extensiones señoriales de tierras, propiedad de individuos con costumbres medio mercantilistas, medio feudales, importadas de la Península. La minería, como se ha dicho, conoció importantes innovaciones para la extracción, refinación y beneficio de los metales. Ambas, agricultura y minería, siguieron siendo el sector más importante de la economía latinoamericana. El comercio floreció en las principales ciudades gracias, sobre todo, a la inundación de artículos industriales provenientes de Estados Unidos, Gran Bretaña y el resto de Europa. En esta época, siglo XIX, otros países europeos como Francia, Alemania, Italia y Holanda iniciaron y consolidaron su propia revolución industrial, entrando rápidamente a la competencia internacional por los mercados de manufacturas. América Latina, ya independiente de Europa y "protegida" por Estados Unidos, quedaba también libre para comprar la producción de otros países que encontraron aquí un mercado creciente. En parte por esta competencia internacional y en parte por lo que se ha dicho anteriormente, las sociedades latinoamericanas no vieron como urgente la necesidad de destinar inversiones crecientes a una industria capaz de competir con los extranjeros, aun en los mercados internos. Las tierras, las minas y el comercio daban suficiente para vivir bien. Los hombres emprendedores y sin miedo al riesgo, con la voluntad de crear fábricas con un objetivo de lucro, no disponían de un ambiente para florecer con la misma fuerza y solidez que en los países que ya destacaban como potencias.

En cambio, en el norte, Estados Unidos consolidaba su organización política, social y económica e iniciaba un proceso acelerado de crecimiento y expansión hacia el Oeste en busca de más tierra productiva y oro. Fue esta fuerza de expansión la que, en parte, decidió el destino de la unidad territorial mexicana a mediados del siglo XIX. La población norteamericana se nutrió rápidamente con europeos emprendedores (y empezaron a llegar también grandes contingentes de orientales) con alta capacidad de trabajo y deslumbrados por las infinitas oportunidades ofrecidas por el Nuevo Mundo. Para estas gentes, Europa representaba la miseria crónica bajo regímenes anquilosados y obsoletos. Agricultores irlandeses, ingleses, alemanes y escandinavos vieron en América un mundo lleno de posibilidades: enormes extensiones de tierra barata y fértil y, sobre todo, libertad irrestricta para trabajar y vivir mejor. Los industriales y comerciantes en pequeño del norte de Europa vislumbraban un gran mercado potencial. Poco a poco se consolidaron las relaciones comerciales entre Estados Unidos y Europa, encuadradas en un marco capitalista que conoció, durante todo el siglo, su máxima expresión liberal. Las poblaciones indígenas de Norteamérica, mucho menos desarrolladas que las de México y Perú, ya estaban prácticamente reducidas y dominadas. Los pocos intentos de rebelión de los "pieles rojas" contra

